un gran anillo en el cual están atravesadas las | de la sociedad de Pedro, no puede, ni ser abtres llaves (Alemanni. De Lateranens parietin., tab. vII, pág. 55).

Algunos monumentos que no nos parecen anteriores al siglo vi, presentan al Príncipe de los Apóstoles con una, dos y á veces tres llaves en la mano (véase Perret, vol. III, pl. XII), ó sobre el pecho, como un sello de plomo publicado por Borgia al frente de su obra, Vaticana confessio B. Petri.

La significación general de las llaves, cualquiera que sea su número, es el poder ilimitado que diera á San Pedro Nuestro Señor. «San Pedro recibió las llaves, dice Beda (Hom. in die BB. Petri et Pauli apost.), á fin de que todos los creyentes extendidos por el universo sepan que aquel que, de cualquier modo que sea, se separe de la unidad de la fe, es decir,

suelto de sus pecados, ni franquearse la entrada del reino celestial.» Si las llaves son tres, expresan su inmenso poderío en el cielo, en la tierra, en los infiernos (Ivo Carnotens. ap. Hittorp. De divin. offic., pág. 419). Según otros (Magist. Senten., III, dist. 18), la primera representaría la llave de la ciencia, ó sea la facultad de instruir; la segunda, el poder de atar y desatar; la tercera, el poder de gobernar la Iglesia. Lo más común es que las llaves sean en número de dos: éste es el tipo de las armas del Soberano Pontifice, sucesor de San Pedro. Una es de oro, y representa el poder de absolver; la otra, de plata, representa el poder de excomulgar: ésta es inferior á la otra en dignidad (Molan. Hist. SS. imag., página 130, edit. Lovan.).

M.

MACABEOS (Fiesta de los).-La | esta fiesta; pues aun cuando algunos se abs-Iglesia primitiva tuvo festividades lo mismo para algunos de los más insignes mártires del Antiguo Testamento, que para los del mismo cristianismo. Tal fué la fiesta de los Macabeos, aquellos siete hermanos cuya enérgica resistencia á la tiranía de Antíoco Epifanes, y cuya muerte gloriosa en defensa de la Ley judáica, fueron universalmente celebradas en el siglo IV, ya por el culto de todas las Iglesias, ya por innumerables panegíricos. San Juan Crisóstomo tiene á lo menos tres homilías pronunciadas con este motivo, y en las cuales habla de su festividad, como siendo celebrada en Antioquía con afluencia extraordinaria del pueblo (Chrysost. Homil., XLIV, XLIX, L).

Sabemos por el testimonio de San Agustín (Homil. CIX. De divers.), que los cristianos de esta ciudad tenían una basílica bajo la advocación de los Macabeos, y nos quedan de éste Padre dos sermones para su solemnidad, y en los que se dedica á demostrar que fueron verdaderamente mártires cristianos. Podemos deducir de esto que la fiesta de los Macabeos era solemnemente celebrada en África en tiempos de San Agustín. El primero de estos dos sermones empieza por estas palabras: «La gloria de los Macabeos os ha hecho solemne este día.» El asunto nos es, por otra parte, seguramente conocido por el célebre calendario de la Iglesia de Cartago, en que se lee: Kal. aug. Sanctorum Machabæorum (véase Patrol. Migne., t. x col. 1.223). San Gregorio de Nacianzo tiene también para esta solemnidad un sermón en el que dice (Orat. xxII. De Machab.): «En honor del nombre de los Macabeos celebramos

tienen de honrarlos, diciendo que no han combatido después de Cristo, son dignos, sin embargo, de serlo, puesto que tuvieron un alma fuerte á favor de las leyes y de las instituciones de su patria. » Discursos análogos encontramos entre los de San Gaudencio, obispo de Brixium (Serm. xv. De Macab.), Eusebio de Emesa (Homil. de Machab.), y el Papa León el Grande (Serm. LXXXII. De sept. Machab.). La iglesia de San Justo, en Lión, fué en primer lugar dedicada á los Macabeos.

Es, pues, evidente que esta fiesta se hallaba extendida en toda la Iglesia católica. San Gregorio de Nacianzo da como razón de ello el que fueron de todo punto admirables en sus acciones, y aun, bajo cierto punto de vista, más admirables que los mártires que han sacrificado su vida por la religión después de la muerte de Cristo (loc. laud.): «Aquellos, dice, que después de la Pasión de Cristo han sufrido el martirio, ¿qué podrían hacer cuando, perseguidos á ejemplo de Cristo, estaban obligados á imitar la muerte que había aceptado por nuestra salvación? Aquellos que sin el ascendiente de tal ejemplo demostraron tanto valor, ¿no hubieran sido más heroicos todavía, si hubiesen tenido este ejemplo como estímulo en sus pruebas?»

La fiesta de los Macabeos está marcada en las calendas de Agosto en el sacramentario de San Gelasio (Muratori. Lit. Rom. vet., t. 1, col. 658), así como en el martirologio romano: Antiochiæ passio sanctorum septem fratrum Machabæorum, cum matre sua, qui passi sunt sub Antiocho Epiphane. El martirologio

añade que las reliquias de estos mártires fueron transportadas á Roma, y que se conservaban en la iglesia de San Pedro in-Vinculis.

La historia de los Macabeos no se encuentra únicamente en las escrituras canónicas; el historiador Josefo, según el testimonio de San Jerónimo (De script. eccl.), había también dirigido esa narración á Polibio de Megalópolis. He aquí los nombres que les da el escritor judío: la madre de estos héroes se llamaba Salomona; el hijo primogénito, Macabeo; el segundo, Aber; el tercero, Machir; el cuarto, Judas; el quinto, Achas; el sexto, Arath, y el último, Jacob (véase Baron. Not. ad martyrol. Rom. ad kalend. aug.).

MAGOS (Adoración de los).—Este es uno de los asuntos del Nuevo Testamento con más frecuencia reproducidos en los monumen-

tos antiguos. Era una profesión de fe á la divinidad de Jesucristo v á la maternidad divina de María, y una protesta contra los herejes que atacaban estos dos dogmas. También se da otra causa á estas representaciones: se cree que los fieles, cuya mayor parte había nacido en el paganismo ó de padres paganos, querían, al multiplicar de este

modo la figura de los magos, que fueron las primicias de los gentiles, referir el beneficio de su vocación al cristianismo. Podría citarse en apovo de esta interpretación, un fondo de copa donde se ve á un mago llevando su ofrenda en la mano, y teniendo detrás, en el campo del vaso, el libro del Evangelio (Buonarr., 1x, 3).

Los magos son casi siempre en número de tres, según la antigua tradición de la Iglesia latina, muy anterior á San León, á quien se ha atribuído su origen algunas veces. Algunos artistas han seguido otra tradición: ponen á veces cuatro magos, otras solamente dos, como puede verse en las representaciones de vírgenes publicadas hace poco por M. De'Rossi. Estas son simplemente licencias de artistas, que sacrifican las tradiciones recibidas á un vano amor por la simetría, teniendo que dar á la Santa Virgen el sitio del centro. Ordinariamente están vestidos con una túnica corta y ceñida, y por encima llevan el sagum ó la clámide. Tienen cubierta la cabeza con el pileus frigio, lo que hace creer que estos personajes venían de Persia. Sus piernas están desnudas ó protegidas por una especie de calzoncillos ajustados á la manera de los Bárbaros, y que

éstos llamaban anaxirides. Tenemos, por lo menos, un monumento donde llevan botas y espuelas (Bottari, LXXXI). Millin publica un sarcófago (Midi de la France, pl. LXVI) que los representa en el momento en que divisan la estrella; dos de ellos la señalan con el dedo al tercero. El mismo asunto se encuentra en un bajo relieve publicado por Bartoli (Sopra un'arca marmorea.... Torino, 1768). Este es el principio de la historia.

Algunos monumentos muestran la segunda escena, que es la comparecencia de los magos delante de Herodes. Tal es un fresco descubierto en 1847 en el cementerio de Santa Inés. El rey lleva la mano sobre su corazón, como para protestar de sus buenas disposiciones en favor del nuevo rey de los Judíos (Perret, vol. 11, pl. xLv111). Un sarcófago del siglo IV, existente en Ancona, ofrece la misma escena;

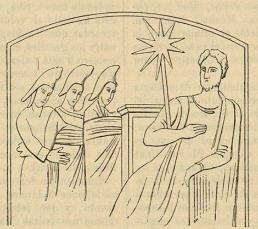
pero hay además, cerca de Herodes, algunos otros personajes á los cuales dirige la palabra y á quienes parece consultar (Bartoli, op. laud.).

En el asunto propiamente dicho de la Adoración de los Magos, se les ve de pie delante del Niño Jesús, que su madre tiene sobre sus rodillas, sentada en un sillón semejante á las cátedras epis-

copales antiguas, y que está compuesto á veces de un enrejillado de mimbre (Bottari, xxII); á un lado del sillón, ó detrás, está de pie San José; y una piedra sepulcral publicada por M. Perret (v, xII), le presenta extendiendo la mano sobre la cabeza de María y de Jesús, en señal de protección. Esto parecería apovar la opinión del P. Marchi, suponiendo que este personaje es el Espíritu Santo y no San José. Dudaríamos mucho en admitir esta opinión de un sabio muy piadoso, poco amigo de las interpretaciones simbólicas.

El divino Niño, en vez de estar sobre las rodillas de su madre, descansa algunas veces en la cuna ó en el pesebre. Con frecuencia también el tugurium está representado en segundo término, y el buey y el asno están junto ála cuna (véase el artículo Buey (El) yel Asno).

En el mosáico del arco mayor de Santa Maria la Mayor (Ciampini. Vet. mon., I, LI.), el Dios Niño, como en señal de su reinado, se sienta en un trono rodeado de ángeles, y á sus pies se ven los magos, que le ofrecen sus pre sentes y que están de pie. Pero esto es particular á los mosáicos, que se separan ya de la



— 471 —

encillez de los tipos primitivos, y los rodean | hombre que viene al mundo», y que, en la de una pompa inusitada hasta entonces y que sólo podía permitir la plena posesión de la paz. Este mosáico es de la mitad del siglo v.

Los monumentos de todas clases presentan á cada uno de los magos llevando una sola ofrenda, y no tres, como algunos sabios han supuesto. Comúnmente, el primero ofrece un vaso y una corona de oro, el segundo una especie de patera que se supone contener la mirra, el tercero un vaso del mismo género, sobre el cual está el incienso, en forma de paloma, y que presenta sobre un paño de su vestido. La forma de estos dones varía, sin embargo: sirva de ejemplo una pintura del cementerio de Calixto, en la que están encerrados en cofrecitos (Bottari, LXXXII). La estrella que guió á los magos completa con frecuencia el cuadro, y brilla encima de la cabeza de la Santa Virgen (Monum. de St. Mad., 1, página 735. - Allegranza. Monum. di Milano, tav. Iv), y ordinariamente el primer mago la señala con la mano ó bien con el vaso, en forma de preferículo, que ofrece á Nuestro Señor (idem. LXXXVI).

En una pintura recientemente descubierta á causa de un desmoronamiento exterior del terreno en el cementerio de Siriaco, la estrella está reemplazada por el monograma de Cristo: es una interesante singularidad de que no se conoce ningún otro ejemplo. M. Le Blant había indicado, sin embargo, alguna cosa semejante en sarcófagos de Arlés, donde la estrella está encerrada en un círculo parecido á ciertas formas del crisma que facilitan los monumentos antiguos, especialmente los mosáicos. La estrella era Cristo, que «ilumina á todo persona de los magos, iluminó con su divina luz á los que estaban sentados á la sombra de la muerte y marchaban por las tinieblas de la idolatria. M. De'Rossi ha publicado recientemente el monumento en su Boletín arqueológico (Octubre, 1862).

Se nota una particularidad muy curiosa en el bajo relieve de un sarcófago del cementerio de Santa Inés (idem, xxxIII): consiste en que el primero de los magos agita sobre la cabeza del Niño Jesús un flabellum que tiene en la mano derecha, mientras que con la izquierda presenta su ofrenda.

Existen algunos vasos dorados de pequeñas dimensiones (véase Garrucci, Vetri, 1v, 7, 8, 9, 10, 11), en los que está representado un solo mago con su ofrenda en la mano, y uno de ellos (n. 8) ofrece la circunstancia notable, ya indicada más arriba, de que detrás del mago está figurado el volumen del Evangelio para recordar que los magos fueron los primeros, entre los gentiles, en recibir la buena nueva. El número 9 está rodeado de un círculo de metal provisto de un anillo, lo cual indica que estaba destinado á ser llevado al cuello. Estos pequeños medallones, que se encuentran hoy aislados, estaban incrustados en patenas de cristal, de las que se han desprendido por la rotura del vaso (véase la explicación que hemos dado de este asunto en nuestro artículo Fondos de copa).

También pueden citarse algunas medallas v medallones de bronce, que representa el mismo asunto, y que debieron estar destinadas al mismo uso (véase Mamachi, lib. 11, § 3, página 211). Pasqualini, canónigo de Santa Ma-



ría la Mayor, poseía un objeto de esta clase | (Hagioglypta, pág. 78); M. Edm. Le Blant ha publicado en el Ateneo francés (Febrero, 1856,

página 9) un utensilio casi semejante: es una placa de bronce en la que está representado el asunto impreso. El P. Mozzoni (Tarole crono-

logiche critiche della stor. della Chiesa universale, secolo IV, pág. 47, Venezia, 1857) ha publicado tres cucharas de plata, en una de las cuales está figurada la Adoración de los Magos en oro y esmalte. Estos curiosos monumentos han sido encontrados cerca de Aquilea en 1792.

Pero no podríamos presentar á nuestros lectores nada más digno de su atención, que el dibujo de la página anterior, que reproduce con perfecta fidelidad un fresco todavía inédito del cementerio de Calixto.

MAITINES. - Véase el articulo Oficio divino, 1.

MANÁ.-El maná, que es una de las figuras más ciertas de la Eucaristía (véase el artículo Eucaristía, I, 2.º), debió ocupar su lugar entre las representaciones simbólicas multiplicadas en los monumentos primitivos del cristianismo. Y sin embargo, hasta aqui, los anticuarios no han señalado casi ningún ejemplo. En cuanto á nosotros, un estudio atento y constante nos ha convencido de que algunas de las numerosas representaciones en las que, por hábito y falta de atención, se ha convenido en ver indistintamente el milagro de la multiplicación de los panes, tienen por objetivo directo el maná, y por intención figurada la

Esta interpretación nos parece cierta, sobre todo respecto á dos frescos, uno del cementerio de Priscila (Bottari, tav. clxiv.), otro del cementerio de Calixto (ídem, LVII) en los cuales armonizan dos escenas á derecha é izquierda de un arcosolium: á un lado, un personaje que está de pie indica con la mano cuatro ó siete cestitas; al otro lado, este mismo personaje, semejante en todo por la figura y el vestido, hace correr agua de una roca. Este es, evidentemente, Moisés, en uno y en otro caso, rompiendo, por una parte, la roca de Oreb (véase el artículo Moisés), indicando, por otra, gomores llenos de maná.

El cementerio de Calixto ofrece un tercer ejemplo más claro todavía si es posible. Aquí el personaje que tenemos por Moisés se encuentra, en una pintura dividida en tres compartimientos, colocado en el centro. Falta el milagro de la roca de Oreb; pero, en compensación, las cestas, en número de siete, en medio de las cuales está de pie Moisés con una vara en la mano, contienen, no panes, sino alguna cosa que parece más bien frutas. Además, sabemos por el texto del Exodo (xvi, 32) que el maná ofrecía la apariencia de la semilla del culantro, más semejante, con seguridad, á frutas que á panes. Y si nos obstinamos en ver allí panes (y la cosa no ofrece duda en los frescos precedentemente citados), podría pensarse que el artista se inspiró en el versículo 31, donde se dice que el maná tenía el

sabor del pan amasado con miel, y que por una de esas interpretaciones libres, ó también arbitrarias, de que más abajo veremos un ejemplo cierto, del gusto se habrá deducido la forma.

Pero este monumento ofrece una doble circunstancia del más alto interés, y que nos parece muy natural, á favor de nuestra interpretación: se trata de que, á la izquierda de la primera escena, hay una figura viril de pie, exactamente conforme con el tipo tradicional del Salvador, que eleva la mano derecha en señal de alocución, y que lleva en un paño doblado de su capa seis panes cortados en cruz, decussati, lo cual recuerda el texto de San Juan (v, 41): «Yo soy el pan vivo bajado del cielo», pan figurado por el maná, relacionado con su tipo en el mismo cuadro. A la derecha está la Samaritana, sacando agua del pozo (véase el artículo Samaritana), agua que, con el agua divina que corre en la vida eterna que Jesucristo promete á esta mujer, tiene las mismas relaciones señaladas más arriba entre el maná y el alimento eucarístico. Y conviene observar que las comparaciones que el divino Maestro establece en los dos casos, están concebidas en términos casi idénticos: «Vuestros padres han comido el maná y han muerto» (Joan., IV, 59). «El que bebe de este agua, tendrá sed de nuevo» (Joan., IV, 13). (1.0) «Pero el que coma de este pan, vivirá eternamente.» (2.º) «Pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed eternamente.» Luego el maná, verdadera figura de la Eucaristía, colocado entre otros dos símbolos eucarísticos, es el resumen de este cuadro, tan evidentemente concebido con dogmáticas intenciones.

Dos tumbas de Marsella (véase Millin. Voyage dans le midi de la France, pl. xxxvIII, 8, y LIX, 3) presentan la misma figura simbólica, pero en un grado de evidencia excepcional. Un personaje de pie, que no es otro que Moisés, toca ó señala con la mano tres vasos estrechos por la boca y en los cuales no pueden desconocerse tres gomores llenos de maná, porque aquí no hay ninguna apariencia de cestas ni de panes. Además, al lado de esta escena se encuentran dos israelitas llevando un racimo de uvas, del cual se habla en el libro de los Números (XIII, 24). ¿No estamos autorizados para considerar estos dos objetos, aproximados sistemáticamente, como los símbolos del pan y del vino eucarísticos? Con tanta más razón, cuanto que el espacio restante está ocupado por dos ciervos que apagan la sed en los arroyos que corren debajo de los pies del Cordero de Dios, imagen admirable de los fieles que apagan la sed de sus almas en los manantiales vivificantes del Salvador (véase la escena de los dos ciervos representada en el artículo Ciervo).

Pero si, a pesar de su evidencia, los datos que preceden pueden parecer todavía dudosos. he aquí un fresco del final del siglo IV, descubierto en 1863 en el cementerio de Ciriaco,

-473 -

cerca de San Lorenzo in agro Verano, que representa el milagro del maná sin ningún misterio (véase De'Rossi. Bullettino, ottob. 1763, página 76). Este encantador cuadro, que ocupa todo un lado de una cripta, está coronado por una nube, de la que cae el maná en copos azulados, que cuatro israelitas, dos hombres y dos mujeres, reciben en sus pénulas levantadas,



señal de respeto muy usada en la antigüedad (véanse ejemplos de este asunto en los artículos Moisés y Llaves de San Pedro, además del artículo Manos). Esto no está conforme con el relato de la Escritura (Éxod. xvi.—Núm. xi), donde se dice que el maná caía en forma de rocio, y que los Israelitas lo cogían cuando la tierra estaba cubierta. Pero, para dar á su cuadro más colorido, el artista ha imaginado hacerlo recibir por los Israelitas en el momento mismo en que caía del cielo. Esta representación está rodeada de circunstancias que determinan claramente su significación eucarística. Sirve de decoración á una cámara donde están sepultadas vírgenes cristianas, y sirve como complemento del asunto pintado en la luneta del arcosolium, el cual no es otro que las virgenes sabias, que, gracias al maná eucarístico con que tuvieron cuidado de alimentarse, sostuvieron su lámpara encendida hasta el fin, y las vírgenes necias, que dejaron apagar la suya por haber descuidado este alimento divino (véase el artículo Virgenes prudentes y Virgenes necias).

MANÍPULO.—Véase el artículo Vestiduras de los eclesiásticos en las funciones sagradas.

MANOS. (SIGNIFICACIÓN DE SUS DIVER-SAS POSICIONES.) — I. Manos cubiertas con un paño. Era ésta en la antigüedad una señal de respeto. Así, cuando Jesucristo confiere á San Pedro su misión, el Príncipe de los Apóstoles recibe siempre en sus manos, cubiertas con un paño de su manto, el filacterio que le

en los numerosos sarcófagos donde este asunto se halla representado (Bottari, tav. XXI, XXII, sig.), en los mosáicos, en el de Santa Constanza, por ejemplo (Ciampini. Sacr. ædıf., tab. xxxII), en las simples piedras sepulcrales (Marangoni. Act. S. Vict., pág. 42), etc. Así vemos también en monumentos de los cuales algunos no son posteriores al siglo IV (véasé Perret, vol. 1, pl. vII), á San Pedro recibiendo en un paño de su capa las llaves del reino de los cielos de manos de Nuestro Señor (véase también á Bottari, xxI-v, y nuestro artículo Llaves de San Pedro), y después de esa época no se encuentra nunca representado de otro modo en esta circunstancia capital de su vida. Los mosáicos de las basílicas de Roma y de Rávena (Ciampini. Vet. mon., t. 1, tab. LXVIII, LXX; II, tab. XV, XVI, XXVIII, XXXIX, XLV, xLvi, etc.) presentan á los mártires, teniendo también en sus manos cubiertas la corona que acaban de recibir del Salvador, que está sentado ó de pie en medio de ellos. Én el mismo sentido debe interpretarse la actitud enteramente análoga de ciertos personajes que se ven en tumbas antiguas (véase Bottari, xxv. passim), prosternados delante de Nuestro Señor, y dirigiendo hacia él, no solo sus manos, sino también miradas llenas de viva esperanza; ellos esperan del divino Remunerador el premio de su fe y de sus obras.

En una representación de la huida á Egipto que se encuentra en el día 26 de Diciembre del menologio de Basilio, se ve una mujer que, habiendo salido por una puerta de población que sin duda es la figura abreviada de esta provincia, se dirige al encuentro del Dios Niño. Además tiene las manos cubiertas con un velo, lo que seguramente no puede ser considerado sino como un acto de sumisión y de homenaje. Esta práctica respetuosa se ha conservado, así como tantas otras que se remontan á la más alta antigüedad, en las costumbres de la Iglesia romana: cuando los cardenales se acercan al Papa, ya paca recibir el capelo, ya para prestarle fe y obediencia, deben tener las manos cubiertas con un paño de su capa.

II. Manos alzadas y extendidas. Es una señal de súplica ó de adhesión. Puede tomarse en estos dos sentidos cuando se trata de los Apóstoles, que están de pie á ambos lados del Salvador y dirigen hacia él su mano derecha. Los autores clásicos admiten una y otra interpretación. Como súplica, Virgilio:

Ille humilis supplexque oculos, dextramque precantem
Protendens.

(Æneid., XII. 931)

Pueden verse en Bottari (1, 115) citas análogas de Ovidio, de Séneca el Trágico, de Estasio, de Silio Itálico. Pero creemos que aquí es más bien un signo de asentimiento y de respetuosa deferencia á la palabra del divino Maestro. Lucano, Claudio, Valerio Flaco, Suidas (ibíd., 116), aseguran que este era el sentido que se le daba ordinariamente en la antigüedad.

en ley el respeto á las tradiciones de la antigüedad en todo lo que no llevase un carácter esencial de paganismo, ha seguido constantemente esta práctica del arte antiguo en sus

También era esto, en ciertas circunstancias, un gesto de aclamación, de aplauso, como testifican Varron, Plinio, Columela, Marcial (idem, página 165). Así, en el asunto de la entrada triunfal en Jerusalén (véase Bottari, xxxix, passim), tan frecuentemente repetido, se distingue siempre detrás del Salvador, montado en la borrica, uno ó varios personajes que elevan al aire las manos con impaciencia, y en cuyos labios se cree oir el solemne Hosanna filio David! En el artículo Bendecir hemos tratado del gesto de alocución ó de bendición.

III. La mano en la mejilla. En la antigüedad, llevar la mano á la mejilla, ó apoyar el rostro en la mano, era un gesto que expresaba el dolor. En esta actitud se representan las provincias conquistadas en el reverso de algunas medallas. Dante se sirve de esta figura (Purgatorio, 1, v11) para pintar el dolor del rey Guillermo de Navarra:

> L'altro vedete, ch'a fatto a la guancia De la sua palma sospirando letto.

«Ved este otro que, suspirando, ha hecho en su mejilla un lecho con su mano.»

Justiniano hizo colocar delante de la basílica de Santa Sofía, en Constantinopla, una estatua de Salomón que inclinaba su mejilla sobre la palma de su mano, como para manifestar su asombro y su pesar por haber sido dominado en magnificencia: enfática manera de expresar la singular pretensión de elevar á Santa Sofía por encima del templo de Jeru-



salén (vease Buonarruoti. Osservaz. sopra alcuni medaglioni, pág. 335).

La Iglesia primitiva, que había convertido

en ley el respeto á las tradiciones de la antigüedad en todo lo que no llevase un carácter esencial de paganismo, ha seguido constantemente esta práctica del arte antiguo en sus diversos monumentos. Así, cuando Jesús comparece delante de Pilatos, asunto bastante frecuente en nuestros bajos relieves antiguos (Bottari, tav. xxII, passim), este juez pusilánime, en el momento de lavar sus manos para rechazar la responsabilidad de la sangre inocente, lleva la derecha á su mejilla, volviendo la cabeza con una expresión muy marcada de tristeza ó de contrariedad.

Los crucifijos más antiguos ofrecen en la misma actitud dolorosa á la Santa Virgen y San Juan al pie de la cruz, y también las imágenes del sol y de la luna (véase el artículo *Crucifijo*, V, 1.º y 2.º).

MANSA. - Véase el artículo Clero, II, 3.º

MANSIONARII.—Eran éstos, en la antigüedad eclesiástica, funcionarios agregados al servicio de las basilicas, como vigilantes probablemente, suponiendo su nombre residencia, mansio, en la iglesia ó en sus dependencias. San Gregorio el Grande habla en su diálogo tercero (c. xxv) de un mansionario llamado Abundio: Vade ad Abundium mansionarium et roga illum..... Pero tenemos, respecto á estos funcionarios, un testimonio anterior en dos siglos, y que, según Marini (Papiri diplom., pág. 301), es el más antiguo que se conoce. Es una inscripción en caracteres damasenos, en la que se menciona un mansionario llamado Julio, al que un cristiano nombrado Faustino había comprado el sitio de su sepultura: Locvs Favstini quem com-PARAVIT A IVLIO MANSIONARIO.

Parece que se está en el caso de deducir de este precioso monumento que los mansionarios tenían, además de la vigilancia de las iglesias, una parte en su administración temporal, y que á ellos era á los que debían dirigirse para obtener concesiones de sepulturas, ya debajo del pórtico, ya en el interior de las basílicas, como se trataba con los fossores para los loculi de las catacumbas (véase el artículo Fossores).

Como quiera que sea, su cualidad de guardián, ó de sacristán, no parece dudosa. He aquí cómo Panvinio (De interpretat. voc. obscur. eccl. ad h. v) define sus atribuciones: « Se llamaba mansionarius el guardián y el conservador de los edificios eclesiásticos, de los templos, de los altares. Esto es como familiar y doméstico, de la palabra mansio.» Algunas veces se han confundido los mansionarii con los paramonarii (véase esta palabra); pero no parece que esta confusión esté justificada.

MAR ROJO (Paso del),— Este asunto se encuentra representado en bajos relieves en

algunos sarcófagos de Italia y de la Galia. La | salida de Egipto, que libertaba á los Hebreos del furor de Faraón, era, á los ojos de los primeros cristianos, la figura de la redención, por la cual los hombres se han libertado del poder del demonio; la fe nos dirige hacia el Paraíso, como el Mesías condujo el pueblo de Dios á la tierra prometida (Greg. Nyss. Hom. III. In Cant. - Chrysost. Hom. ad neophyt.). La persecución de Faraón expresa alegóricamente los esfuerzos del enemigo del hombre para detenerle en el camino de la salvación (Augustin. Serm. xc. De temp.). El paso del mar Rojo era la figura del bautismo; esta es la doctrina de todos los Padres, que se encuentra resumida en esta única frase de San Agustín: Per mare transitus baptismus est (Serm. CCCLII.), y que se remonta hasta San Pablo (1, Cor., x, 2): Omnes in Moyse baptizati sunt in nube et in mari, « todos han sido bautizados bajo la dirección de Moisés, en la nube y en el

Las diversas representaciones del paso del mar Rojo toman ordinariamente la narración biblica en el momento en que los Israelitas, después de haber atravesado las olas á pie enjuto, se encuentran seguros en la orilla, y en el que las aguas vuelven á unirse para sumergir á los Egipcios. Algunas veces esta representación es abreviada, reducida á los más

sencillos términos; sucede esto, sobre todo, cuando en el mismo monumento se asocia con otros hechos del Antiguo y del Nuevo Testamento, como, por ejemplo, en un sarcófago del cementerio del Vaticano (véase Bottari, tav. xr.). Faraón, con la lanza en la mano, de pie sobre una cuadriga á la manera de los Griegos, ya casi sumergido en las aguas, sobre las cuales se ven algunas cabezas de Egipcios; Moisés, en la orilla opuesta, extendiendo su vara sobre el mar; detrás de él, un hombre y un niño que representan la multitud israelita: he aquí á lo que se reduce este cuadro.

Pero otras urnas sepulcrales (véase Bottari, tav. exciv.—Millin. Midi de la Fr., pl. LXVII) ofrecen esta imponente escena con más detalles: ocupa su cara anterior en toda su extensión. Se ven allí los Hebreos, en completa seguridad, cargados con sus equipajes, llevando sus hijos en sus hombros ó conduciéndolos de la mano, mientras que Moisés, siempre de pie i orillas del mar, parece proteger su marcha. Una horrible confusión reina entre los Egipcios, que ruedan por tierra ó en las olas, mezclados con sus caballos y sus carros. Detrás de ellos, pero á lo lejos, se divisan las murallas de una ciudad que es, ó Ramesés, de donde los Egipcios habían partido, ó Phiahirot, último lugar del campamento del pueblo de Dios (he aquí la urna de Arlés).



Millin publica un sarcófago de Aix (Midi de la Fr., pl. L, y en el museo de esta ciudad), en el que están trazadas algunas circunstancias anteriores y posteriores al hecho principal. El lado de la izquierda, con relación al espectador, presenta á Faraón sobre un trono, anunciando á Moisés su resolución de dejar partir á su pueblo; y el legislador, vuelto hacia los Israelitas que están á la puerta del palacio, les enseña un volumen arrollado donde, sin duda, está escrito el decreto de libertad. Esta última circunstancia, que no carece de interés, no ha sido hasta aquí, que sepamos, señalada por nadie. A los pies de Moisés se ven un niño, un perro y algunos otros animales domésticos, para indicar el derecho que se ha concedido á los descendientes de Jacob, de llevarse sus hijos y sus ganados (Exod., xi, 31).

En la parte principal se desarrolla, casi como en los monumentos de que acabamos de hablar, la escena de la libertad de Israel y de la destrucción de los Egipcios. Entre los personajes que huyen con sus hijos y sus bagajes, se nota uno que lleva, arrollado alrededor de su cuello, como una especie de gola, un manto donde, según la orden de Moisés (Éxod., XII, 34), iba conservada la harina amasada y sin fermentar.

En la parte inferior del bajo relieve, debe observarse una mujer acostada, con el codo apoyado sobre una cesta de frutos: es la representación alegórica del Egipto, tal como se ve en las medallas (Oisel Numism. ant., XXXIII, 10, ap. Millin, loc. laud.) y en las piedras grabadas (Gori. Gemm. mus. Florent., II, 52). Más lejos está un anciano, acostado igual-

mente y vaciando el agua de una urna invertida: es la personificación del mar Rojo, según las ideas antiguas. En la extremidad derecha de la cara anterior del sarcófago, hay una mujer que golpea un tambor con una varita: no es dificil reconocer en ella la profetisa María, hermana de Λarón, que entona el cántico de la libertad (Éxod., xv, 20).

El lado derecho nos ofrece la continuación de la salida de Egipto. Está en primer término un israelita llevando sobre sus hombros el manto que guarda la pasta no fermentada; después Moisés presentando á una mujer un fruto que acaba de coger de un árbol, á cuyo pie se ve un niño que tiende la mano hacia esta misma mujer, y más al extremo un grupo de israelitas contemplando esta escena. Es de presumir que el artista ha querido expresar aquí la paz y la dicha que suceden á las persecuciones.

Tres sarcófagos de Arlés, dos en el museo y uno en San Trofino, reproducen in extenso y con ligeras diferencias de ejecución el paso del mar Rojo. Se nota en sus bajos relieves una particularidad curiosa: tal es la de que, antes del grupo de israelitas que acaban de pasar el mar Rojo, está figurada la columna luminosa que se reconoce por las llamas que coronan su curital

Ninguna pintura antigua del paso del mar Rojo ha llegado hasta nosotros. Es probable, sin embargo, que existió alguna hacia el siglo IV, porque se conservan en la biblioteca de la calle de Richelieu unos manuscritos griegos cuyas miniaturas, que representan este hecho milagroso, ofrecen una sorprendente analogía de composición con los sarcófagos de Arlés y de la villa Mattei de que hemos hablado: esto daría lugar á suponer la existencia anterior de un cuadro que habria servido de modelo á unos y otros (véase Millin, op. laud., 11, pág. 357).

Existe un mosáico del siglo v que figura también la historia de la redención del pueblo de Dios: es el arco triunfal de Santa María la Mayor (Ciampini. Vetr. mon., Lix). Pero la escena está tomada en el momento mismo en que se verifica el paso, y no como en las urnas sepulcrales, cuando las aguas reunidas se tragan á los Egipcios. Se distingue en medio de las olas un ancho espacio abierto donde se desarrollan las largas columnas de los israelitas, y á cierta distancia los Egipcios saliendo de una ciudad y precipitándose detrás de sus antiguos esclavos.

MÁRTIRES (Número de los).—Si se quiere echar una ojeada sobre el abreviado cuadro que hemos trazado de las persecuciones (véase esta palabra), podrá formarse una idea de la innumerable multitud de víctimas que debieron ser inmoladas, durante tres siglos, por los enemigos de la fe cristiana. Se han encontrado, sin embargo, en los tiempos modernos, escritores que hayan impugnado como

falso un hecho más brillante que el sol. El anglicano Dodwel, en particular, en una de sus disertaciones cipriánicas (Append. ad opp. Cyprian., edit. Oxon., dissert. xi, pág. 65) se ha impuesto la imposible tarea de destruir, en el punto capital de nuestros orígenes, todos los elementos de la certeza histórica. Sus sofismas han sido reducidos á la nada por Dom Ruinart (Præfat. ad. Act. sinc. MM., c. 11), y la controversia apenas ha salido de los términos en que la dejara el sabio Benedictino.

Se comprende que las negaciones de Dodwel principalmente se refieren á los mártires anónimos, y que para disminuir su número, trata de procurarse un arma del silencio real ó supuesto de los documentos contemporáneos, ó también de la ausencia de estos documentos.

Es verdad que no tenemos todo lo que la antigüedad escribió sobre las primeras luchas de la Iglesia; la persecución de Diocleciano, que se llevó á cabo contra los libros no menos que contra las personas, debió de hacer desaparecer multitud de nombres y de actas de mártires, así como otras muchas fuentes preciosas para la historia eclesiástica. Prudencio deplora amargamente estas pérdidas en bellos versos que no podemos dispensarnos de dar á conocer al lector (Peristeph., 1, 74 seqq.):

O vetustatis silentis obsoleta oblivio! Invidentur ista novis, fama et ipsa extinguitur Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit, Ne tenacibus libellis erudita sæcuia Ordinem, tempus, modumque passionis proditum, Dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.

«¡Oh funesto olvido de la silenciosa antigiicada!; Se nos arrebatan nuestros títulos, se quiere también apagarnos hasta la memoria! Un impio satélite ha destruido en otro tiempo nuestros anales, por temor de que los siglos, instruídos por libros fieles, no hicieran llegar, mediante una dulce tradición, á los oidos de la posteridad, el orden, el tiempo y la manera de ser de la pasión de nuestros héroes.»

Vemos que se trata aquí de las actas de los mártires destruídas por el envidioso furor de las persecuciones.

No es menos indudable que todo no fué escrito; los notarios apostólicos, á pesar de su celo y de su solicitud, se hallaron con frecuencia en la imposibilidad de tomar nota de los nombres de todos los mártires que los tiranos sacrificaban casi diariamente á millares, y lo más común en masas y sin ninguna formalidad jurídica, como dice Ruinart (Adnot. in Euseb., página 316): Quasi tumultuose et nulla observata juris formula. Nuestro Mabillon, que, como se sabe, llevó casi hasta el exceso la severidad con motivo del culto de los Santos desconocidos (De cultu sanctorum ignot. epist. ad Euseb. Roman., París, 1699, et edit. emendat. 1705), no tiene dificultad en confesar, no obstante, que « en los primeros tiempos, el número de los mártires era tan considerable, que fué con frecuencia imposible inscribir todos sus nombres en los calendarios, no sólo de las Iglesias extranjeras, sino tam-